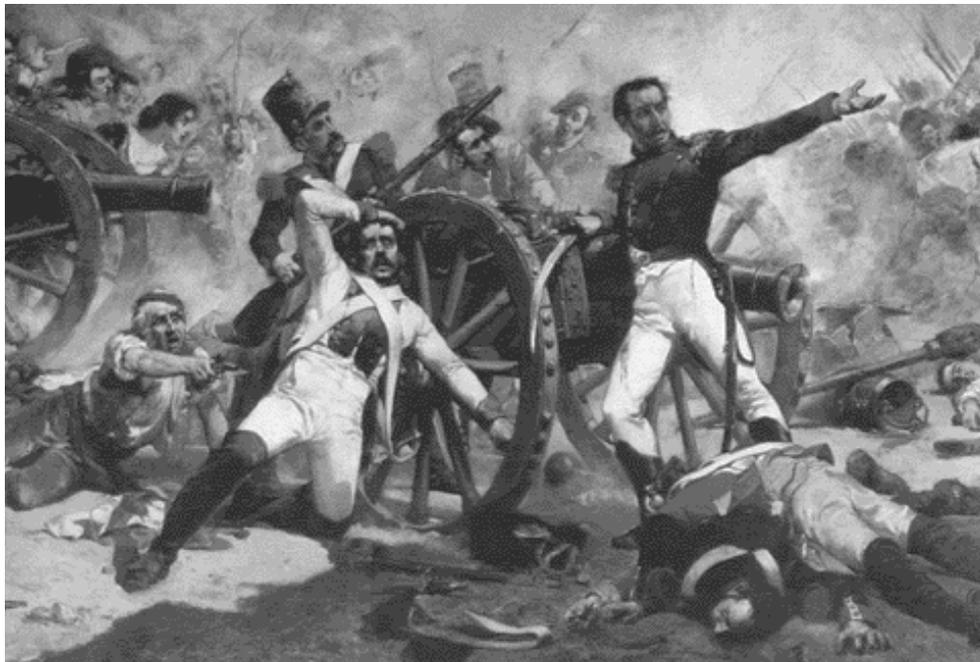


# Servando en combate

Christopher Domínguez Michael

*Sin lugar a dudas Fray Servando Teresa de Mier es uno de los personajes más apasionantes y menos estudiados de nuestra historia. En este capítulo de la Vida de Fray Servando, de Christopher Domínguez Michael (biografía que Ediciones Era pondrá en circulación próximamente), asistimos al episodio dedicado a la participación del fraile dominico durante la campaña napoleónica en España.*



Joaquín Sorolla, *Defensa del parque de artillería de Madrid* (detalle)



César Álvarez Dumont, *Descalabro de los franceses en Gerona*

*De modo que todos los soldados y aun señores, cuando me ven, me llaman el Padre de la Victoria, y hubo cabo que dijo que importó tanto esto como si les hubiesen añadido 4,000 hombres más.*

Baltasar Gracián, regresando de la batalla de Lérida [1646]

*Siendo más propio en los Eclesiásticos el ejercicio de la caridad y oración que el de las armas, dará su orden el Gobierno a sus Prelados para que nombren un competente número que alivien a los combatientes en el socorro de bebidas, que el Gobierno y la piedad del pueblo se sirvan suministrarles, en particular el agua, empleándose los demás en la oración durante los ataques...*

Tarja para eclesiásticos de la segunda comandancia del reino, Valencia, 20 de febrero de 1809

Servando, oscuro empleado del embajador Campo Alange en Lisboa, recibió de primerísima fuente las noticias de la primavera y el verano de 1808. La cuestión portuguesa fue el pretexto de la invasión de España. Campo Alange mismo, junto con los diplomáticos franceses, advirtió al reino lusitano, el 12 de agosto de 1807, que, de no romper con Inglaterra el 1º de septiembre, España le declararía la guerra, como ocurrió. El doctor Mier permaneció en Lisboa, junto con otros diplomáticos, un año más. Su permanencia en el país enemigo como empleado de embajada se debió a su subordinación administrativa al cónsul Joseph de Lugo, quien quizá, siendo Mier sacerdote y novohispano, lo comisionó en tareas

humanitarias. Las cumplió, como lo dijo, atendiendo a los soldados víctimas de Junot, gracias a lo cual ingresó al ejército anglo-español. Servando habría sido enviado a Valencia como avanzada del propio Lugo, quien abandonó el puesto hasta el 27 de mayo de 1809, para seguir el itinerario de su amanuense.

Dada su condición de perseguido, aunque contase ya con nuevos protectores, la revolución española de 1808 no garantizaba al doctor Mier variación en el celo de sus enemigos. Al contrario, esas querrelas nacionales resultaron ríos revueltos ideales para el cumplimiento de venganzas personales o asesinatos políticos. Servando esperó hasta recibir la oportunidad de regresar al resguardo de un ejército a España, de la que había huido en 1805.

Si Mier ocultó su vida portuguesa porque Campo Alange se afrancesó, ¿sufrió dilemas similares a los de otros personajes de su generación? Nunca mencionó a Campo Alange, ni siquiera para denunciarlo como josefino. ¿Le debía favor y cobijo al embajador y a otros personajes sospechosos en 1819? Seguramente. ¿El propio Servando habría dudado, como Jovellanos y miles de españoles, entre la Junta y Bayona? ¿No era lógico que él, víctima desde 1795 de la persecución eclesiástica, jurase una Constitución que abolía la Inquisición? No, no lo era. A diferencia de peninsulares como el abate Marchena, Servando no tenía ninguna razón biográfica que respaldase una adhesión al bonapartismo.



Anónimo, Abdicaciones de Bayona: renuncia de Carlos IV

Por su formación dominica en la Nueva España, Servando no fue contagiado por la Ilustración ni mucho menos por los escasos virus intelectuales de la Revolución Francesa que cruzaron hacia la Nueva España. No era, como Antonio de Nariño o Primo de Verdad, un “intelectual independiente” en condiciones de formarse una visión moderna del mundo en 1795. A diferencia de Miguel Hidalgo, un *cura* de pueblo, o de Abad y Queipo, un obispo ilustrado, carecía del grado de libertad espiritual suficiente para escuchar a Rousseau. Religioso predicador, Servando había crecido aislado, desde Monterrey hasta la Real y Pontificia Universidad, de las pavorosas modificaciones que sufría el mundo. Antes del sermón guadalupano, lo vemos predicando, con naturalidad, por la gloria y la fama de Hernán Cortés y contra los filósofos impíos que habían llevado a Luis XVI al cadalso. Sin duda era un patriota criollo, pero eso no implicaba ni siquiera un antiespañolismo radical, y mucho menos coqueteos con el siglo. Antes al contrario.

En esas condiciones se encontró con la Iglesia Constitucional francesa, experiencia que él disoció casi totalmente de su origen directo en 1789 y emparentó, como Grégoire mismo lo quería, con la restauración apostólica del cristianismo. Y lo que a Mier le toca vivir en París es precisamente la destrucción de la experiencia constitucional por Napoleón en vísperas del Concordato. En la mente teológico-política de Servando, el cónsul vitalicio era un nuevo Luis XIV dispuesto a destruir las libertades de la Iglesia Galicana. Nunca tuvo

simpatía por ningún tirano y menos la habría de tener por quien había humillado al obispo de Blois. Servando fue republicano antes de saberlo: su creencia en la república cristiana de los apóstoles se trasladó, con los años, a la lucha por las repúblicas americanas. No hay en Mier vivencias ilustradas ni jacobinas que lo predispongán al afrancesamiento.

Quien abra la *Historia de la Revolución de Nueva España* se sorprenderá, durante los primeros capítulos, del patriotismo hispánico de Mier en 1811. En su caso, la Leyenda Negra es un desgarrador pleito de familia pero nunca una justificación para pasarse al campo del invasor. La picaresca exaltación de la Leyenda Negra en las *Memorias* proviene de recuerdos tan dolorosos como legítimos, emponzoñados por la trágica derrota de 1814: no sólo toda la clase política española —liberal y servil— había abofeteado a los leales americanos, sino Fernando VII había vuelto del exilio para encarcelar a todos sus amigos liberales. Pero para Mier España era, hasta 1821 y a pesar de todos los pesares, el conjunto de los reinos de Carlos V.

¿Servando dudó entre patriotas y josefinos? No lo creo. Por su formación como teólogo tomista estaba predispuesto a ser un patriota liberal. En Lisboa, como le ocurrirá después en Londres, estaba, al fin, en el centro de la historia. Las prisiones conventuales en España habían quedado atrás. Con información de primera mano —como lo prueba la *Historia...*—, el doctor Mier decidió jugarse la vida por su cultura política, hispánica, medieval y barroca; así sucederá con tantos de los cons-



Anónimo, *Abdicaciones de Bayona: renuncia de Fernando VII*

titucionalistas de Cádiz, quienes creyeron que la reforma de España estaba en su milenaria tradición. Mier, como la gran mayoría, odiaba a Godoy, percibido antes de 1808 como un agente de Napoleón: los sueños del valido de recibir una corona en el sur de Portugal, de manos del emperador, debieron ser la comidilla de la embajada.

¿Cuál era la situación militar en España cuando Servando apareció en Cataluña el 2 de octubre de 1808? Fueron las Juntas Provinciales, al seguir las últimas disposiciones “en libertad” de Fernando VII, las que declararon la guerra en el verano de 1808. Las hostilidades comienzan ante unos ciento diez mil franceses comandados por Murat, de los cuales la mayoría eran conscriptos y sólo una tercera parte veteranos de la Grande Armée. El objetivo estratégico de Napoleón era pacificar España dominando el camino que conducía a la capital del reino. Había que ocupar también Sevilla y Valencia. El 15 de agosto entraron a la península otros cincuenta mil hombres. Enfrentaban a un ejército español que apenas unos meses antes era aliado suyo y se componía de cien mil soldados regulares, sin contar a la milicia urbana y al cuerpo de mutilados hábiles.

Para romper la defensa de Madrid, fue formado un ejército gallego, más tarde llamado el Ejército de la Izquierda, encabezado por el general Joaquín Blake (1739-1827), a cuyas órdenes sirvió Fray Servando. Militar malagueño de origen irlandés, Blake fue derrotado en Valencia en 1812, estuvo preso en Vincennes y en 1814 sirvió al gabinete absolutista de Fernando VII. Nombrado

de emergencia por la baja de su jefe, Blake salió mal parado de la batalla de Medina de Rioseco el 14 de julio de 1808. Un día después, el general Lefebvre atacaba Zaragoza, cuya victoriosa resistencia inflamó a los patriotas. Los bombardeos fueron la única manera de vencer a la ciudad y, una vez que entraron los franceses, el general español Palafox ordenó la “guerra a cuchillo”. En ese mes, el 18 de julio, en la batalla de Bailén, Andalucía, se rindieron diecisiete mil seiscientos treinta y cinco franceses.

Las inesperadas derrotas del verano obligaron a la intervención personal del emperador, lo que dio inicio a la segunda parte de la guerra, a la llamada “campaña de Napoleón”, que culminó con la instalación de su hermano en Madrid. Para lograrlo, Napoleón dispuso los ocho cuerpos destinados a combatir en España, encabezados por los generales Claude-Victor Perrin, Jean-Baptiste Bessières, Jannot de Moncey, François Lefebvre, Joseph Mortier, Michel de Ney, Gouvion Saint-Cyr y Andoche Junot. Estos hombres o sus sucesores serían los verdaderos dueños de España hasta 1813. De los ocho, seis se avinieron con Luis XVIII en 1815. Junot enloqueció y Ney, tras arrepentirse de traicionar al emperador, fue fusilado por la Restauración.

A Blake le tocaría defenderse de Lefebvre. La batalla de Balmaseda, el 31 de octubre de 1808, acaso fue la primera acción donde participó el capellán Servando Teresa de Mier. Perseguido por el mariscal Soult, el Ejército de la Izquierda se ve obligado a cruzar los Picos de Europa, el macizo montañoso español entre las provi-

cias de Asturias, Santander y León. En t r e la nieve y las deserciones, Se rvando vivía las crudelísimas circunstancias de la “guerra de aniquilamiento” que Napoleón había decidido. Desde Madrid, los franceses abrieron el frente con el único ejército que no había entrado en combate, el inglés, que encabezado por el general John Moore miraba con pasmo y reticencia una guerra ajena. En febrero de 1809, mientras el capellán Mier actuaba con heroísmo en la batalla de Castel Cisbal, Napoleón vencía en todos los frentes, aunque Galicia y Murcia quedaban fuera de su control, y sufría con la resistencia, en el mejor de los casos pasiva, de los derrotados. Su campaña de ocupación penetrará Levante, Andalucía y Portugal, que más tarde se convertirá en la zona dominada por Wellington.

En el otro extremo de la península se inicia la campaña de Cataluña. La rebelión en Barcelona, cuenta el conde de Toreno, fue violenta, dada la capacidad militar instalada. El 31 de junio de 1808 se desgarraron los carteles que anunciaban la nueva dinastía. Con todo, fue difícil unificar el mando y no hubo Junta al principio. El 2 de mayo de 1809 se inició el tercer sitio de Girona, que terminó en diciembre con una capitulación honrosa para los patriotas. El general suizo Teodoro Reding, quien combatía a Napoleón por convicción, cayó herido en combate y su responsabilidad pasó a

Blake, quien pese a su comprobado heroísmo, perdió la batalla decisiva en Belchite, cerca de Puebla de Albornon, el 18 de junio, donde cayeron tres mil españoles, dando fin a la invasión de Aragón planeada por el Ejército de la Izquierda Adolphe Thiers, en su *Histoire du Consulat et de l'Empire* (1855) asegura que fueron muchos los prisioneros tomados por Suchet en Belchite. Uno de ellos fue Mier.

El conde de Toreno hace puntualísima relación de los hechos, ocurridos tras la caída de Zaragoza, que puso fin a la exitosa jefatura de la Junta Central entre abril y agosto de 1808. Cuando Servando se reporta capellán en Cataluña, Blake todavía está bajo las órdenes de Reding. Combatirán a Suchet, nuevo general de la cuarta división, y el español lo hará con ocho mil ciento setenta y seis infantes y cuatrocientos ochenta y un caballos. Acaso en uno de ellos montaba uno de los capellanes, el fraile americano Servando Teresa de Mier. Pasadas las lluvias, ambos ejércitos estuvieron a la vista y al no retroceder Blake lo barrieron los franceses, haciendo preso al general O'Donoghú, once años después último e infortunado virrey de la Nueva España.

Cuenta el conde de Toreno:

Está Belchite situado en unas alturas que lo circuyen de todos lados, excepto por el frente y camino de Zaragoza,



Francisco Goya, *Los fusilamientos en la montaña del Príncipe Pio*

en donde yacen olivares y hermosas vegas, que riegan las aguas de la cuba o pantano de Almonacid. Don Joaquín Blake puso su derecha en el Calvario, colina en que se respalda Belchite. [...] Guarneciéronse los olivares con tiradores, y se apostó la caballería camino de Zaragoza. Aparecieron los franceses por las alturas de la Puebla de Alborton, atacando principalmente nuestra izquierda la división del general Musnier. Amagó de lejos la derecha el general Habert, y tropas ligeras entrevieron el centro con varias escaramuzas. [...] Nuestros fuegos respondieron bien al principio a los de los contrarios, y por todas partes se manifestaron al menos deseos de pelear honradamente. Más, a poco, incendiándose dos o tres granadas españolas, y cayendo una del enemigo en medio de un regimiento, espantáronse unos y cundió el miedo a otros, y terror pánico se extendió a todas las filas, siendo arrastrados en el remolino, mal de su grado, aun los más valerosos. Solos quedaron, en medio de la posición, los generales Blake, Lazan y Roca, con algunos oficiales; los demás, casi todos huyeron o fueron atropellados. Sentimos, por ignorarlo, no estampar aquí, para eterno baldón, el nombre de los causadores de tamaña afrenta. Como la dispersión ocurrió al comenzarse la refriega, pocos fueron los muertos y pocos los prisioneros, ayudando a los cobardes el conocimiento del terreno. [...] Aunque es cierto que no fue D. Joaquín Blake quien dio inmediata ocasión a la derrota, censurose, con razón, en aquel general la extremada confianza...

Se rvando escribió cuatro visiones de Belchite. La primera, en una carta a su viejo amigo Agustín Pomposo Fernández de San Salvador, del 12 de noviembre de 1809, cuenta la acción de Belchite. Lo hace mientras acampa en Espinelves, a la vista de Gerona. Al parecer don Pomposo hizo pública la carta, pues fue obtenida del *Diario de México* (10 de febrero de 1810).

Dice Mier, corresponsal de guerra:

Avanzábamos en mayo hacia Aragón, en número de catorce mil hombres y cuatrocientos caballos, dejando fuerte guarnición en Mequinez, castillo donde en este mes se estrelló catorce veces el furor de los franceses, inútilmente. El día 15 arrojamos sin resistencia a los gabachos de la ciudad de Alcañiz: yo sólo hice aquel día un prisionero y entraron en nuestra jurisdicción veinticinco



Fray Servando Teresa de Mier

pueblos; pero el día 23 nos atacaron desde las siete de la mañana los franceses con quince mil hombres, mil caballos y la correspondiente artillería. Hicieron especialmente los aragoneses prodigios de valor, y nunca los franceses pudieron avanzar por la izquierda; pero en la derecha y el centro estaban tropas bisoñas de Valencia que era el primer día que veían el fuego, y comenzaron a huir en pelotones. Todo nuestro campo se replegó al ímpetu de la caballería; ya las balas de cañón enemigas penetraban hasta el río de Alcañiz, y una me hizo a mí volar por los aires pero caí sin lesión. A las tres de la tarde todo era perdido, y los franceses estaban en las puertas de la ciudad, y subían a tomar la primera batería, que ya no les ofendía. Guardábamosla los voluntarios de Valencia, y recibiendo orden de acometer a bayoneta calada, porque ya no había lugar para más, fue tal el ímpetu de mi batallón, que ellos no aguardaban, que regularon como doscientos pasos, lo que les puso

¿Servando dudó entre patriotas y josefinos?  
No lo creo. Por su formación como teólogo tomista  
estaba predispuesto a ser un patriota liberal.



Jean-Baptiste Wicar, José Bonaparte

al tiro de la artillería de metralla, que un instante barrió toda la división de granaderos del Vístula, puso en fuga al ejército francés y se decidió la victoria. Yo no sabía qué hacerme, porque los míos me habían entregado los prisioneros, y era necesario auxiliar a los heridos expirando. Al fin, me desembaracé, y bajo las balas y granadas que todavía cruzaban, me interné en el campo para auxiliar a nuestros moribundos, y entre montones de cadáveres... Luego subí a la batería, y sobre el cañón de la victoria, que todavía disparó veinte granadas, prorrumpí en esos vivos poéticos que van a lo último, y aunque resonaron en todo el ejército, no tienen más mérito que en improvisamiento y circunstancias. No tuvimos sino cincuenta muertos, cien y tantos heridos, y los franceses nos dejaron noventa prisioneros y cerca de tres mil tendidos en el campo de batalla, sin contar ochenta carros de heridos de a seis y siete cada uno, y muchísimos que no cupieron en ellos.

En la misma carta narra Mier, la desgraciada acción de Belchite:

...acaecida en 18 de junio, y malograda por una granada enemiga, que incendió el cajón de un obús nuestro y

cincuenta y dos granadas, que obligó al centro de nuestro ejército a retroceder precipitadamente, creyendo que también había volado el depósito de municiones que allí cerca estaba; entonces se dispersó, cayendo en poder del enemigo nueve cañones, municiones, bagajes, etcétera, y por milagro sólo seiscientos prisioneros, de los que yo fui uno. El día 19 estuve para ser arcabuceado, y ya estaban ante mí seis fusileros, como otros seis delante de la vanguardia del ejército, teniente coronel D. Pedro Tejada, ingeniero habilísimo y valiente, que cayó a mi lado y absolvió. Valióme la pericia del idioma francés, y cuando aquella chusma de bárbaros de todas las naciones me oyeron hablar en todas sus lenguas (pues sé nueve), me tomaron tal cariño que al otro día salvé la vida a quince soldados y dos oficiales que en el acto iban a fusilar; a otro día salvé a cuatro; otro, al Mayor de Caballería de Santiago, y al brigadier coronel de Olivenza: hice llevar a curar a setenta y dos heridos, que salvé; vestí a todos los prisioneros, que habían quedado desnudos, y los alimenté un mes; hice mil otras cosas, porque mi instrucción para los gabachos era un prodigio; y me daban una canongía del Pilar, con una pensión del tío Pepe [José Bonaparte], para que me quedase de intérprete general del ejército. Yo los entreuve hasta que vi salir todos mis prisioneros para Francia, y el día 27 de julio escapé por las montañas de aquella miserable Zaragoza, de que la mitad está por el suelo, y donde los pocos habitantes que restan viven en la miseria, la opresión y el sobresalto. Sin embargo, los franceses no han tocado en nada el templo del Pilar, que está intacto y servido como siempre, ni la Catedral ni parroquias.

La segunda versión fue redactada entre octubre de 1811 y octubre de 1812 para su *Historia de la Revolución de Nueva España*. Allí viene a cuento porque Blake y Félix María Calleja habían sido condiscípulos. El historiador Mier trata de demostrar que la guerra de Calleja contra los americanos es más cruel que la peninsular. Para hacerlo habla de su experiencia como prisionero de guerra:

...quinientos prisioneros marchábamos a Zaragoza después de la dispersión de Belchite, de ellos cuarenta y cinco oficiales; y vistos en sus inmediaciones del otro lado del Ebro algunos paysanos armados como que intentasen salvarnos, se nos puso ante un cañón a metralla con mecha encendida, estando a punto toda la guardia para hacernos fuego en el caso. Aunque temblábamos y nos resolvíamos a hacer por nuestra parte un esfuerzo de desesperación, no dudábamos de su derecho sobre nuestras vidas: nosotros habíamos intentado otro tanto con los prisioneros que tomamos en el Molino de Gardá, en Cataluña. Cuando los franceses reconviniéron al coman-

dante coronel Saraza sobre haber degollado setenta y nueve músicos el oficial que los conducía prisioneros a Lérida, respondió que, habiéndole hecho causa, le absolvió, porque habían intentado escaparse; ya se ve que los músicos no eran combatientes para merecer tal rigor.

La tercera versión es parte de su defensa ante los calificadores del Santo Oficio a partir del 4 de octubre de 1817. En ella, naturalmente, Mier exagerará su heroísmo. Y la última resume, en el Manifiesto apologético de 1820, la esencia de los hechos:

Cuando la felonía de Napoleón contra nuestros reyes electrizó la cólera de la nación, respirando yo la misma indignación, vine en socorro de Cataluña con las tropas españolas prisioneras de los franceses en Portugal, en calidad de capellán, cura castrense del batallón de Infantería ligera de Voluntarios de Valencia...

José Eleuterio González, el primer biógrafo de Mier tras la publicación de sus *Memorias* por Manuel Payno en 1865, afirma que el fraile sale de Portugal con el general Laguna. Siguiendo al conde de Toreno, tal parece que así fue:

La convención entre franceses e ingleses llamose malamente de Sintra, por no haber sido allí ni ratificada. [...] Los españoles detenidos en pontones o barcos en el Tajo se entregaban a disposición del general inglés, en trueque de los franceses que, sin haber tomado parte de la

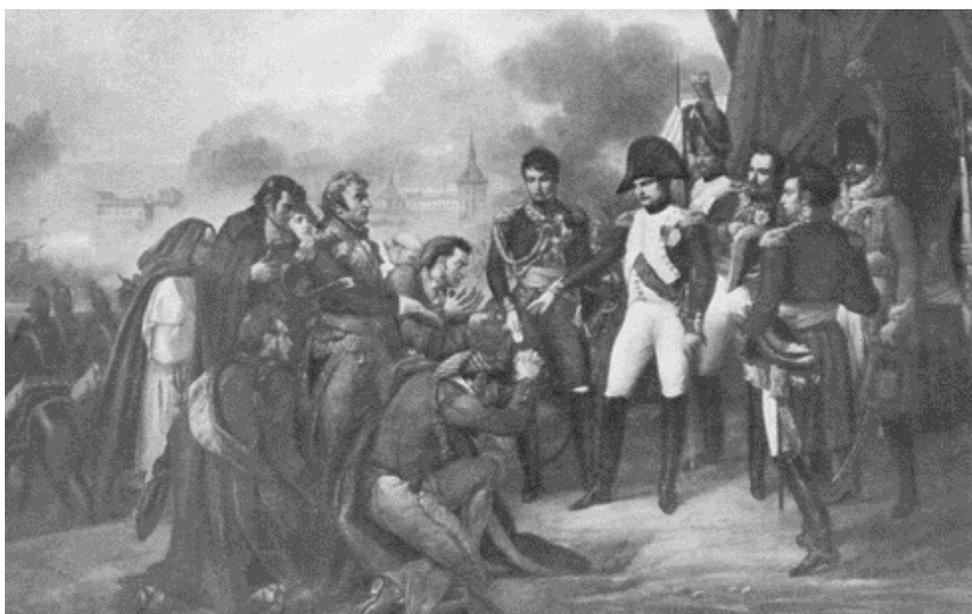
guerra, hubieran sido presos en España. [...] El número de españoles que gemían en Lisboa presos ascendía a tres mil quinientos hombres, procedentes de los regimientos de Santiago y Alcántara, de caballería, de un batallón de tropas ligeras de Valencia, de granaderos provinciales y varios piquetes; los cuales, bien armados y equipados, desembarcaron en Octubre, a las órdenes del mariscal de campo don Gregorio Laguna, en la Rapidita de Tortosa y en los Alfaques...

La convención llamada de Sintra fue firmada entre los generales George Murray y Kellermann el 30 de agosto de 1808. Mier llegó desde Lisboa, con el Mariscal Laguna, el 2 de octubre de 1808, como dice Edmundo O’Gorman apoyado en la fecha del regreso de ese militar a España. En compañía de Laguna, Servando se reportó en Tortosa (Tarragona) e ingresó al regimiento valenciano de Blake. Pero en 1820 Mier tuvo a bien embrollar su participación en Belchite, aduciendo que “poseía un certificado, firmado por los generales O’Donojú y Menchaca, que cayeron también prisioneros en Belchite, de haber salvado quinientas vidas y de otros servicios hechos a mis compatriotas”.

Esta afirmación —dicen dos calificados historiadores catalanes— resulta notablemente rara; de una parte Menchaca no era general sino coronel y conjuntamente con O’Donojú no fue hecho prisionero en la batalla de Belchite sino en la que tuvo lugar el día 15 de junio de 1809 con el nombre de batalla de María en



José Bonaparte en una caricatura de la época



Horace Vernet, *Capitulación de Madrid*

las proximidades de Zaragoza. Lo de Belchite fue tres días después y constituyó un gran descalabro para el ejército de Blake. ¿Basta esta irregularidad para sospechar la inexistencia del título de que tanto nos habla en sus manuscritos? Lo que resulta evidente es que el certificado de marras, si es que estaba firmado por los prisioneros de Belchite, no podían signarlo O'Donojú y Menchaca.

Esa irregularidad, en mi opinión, no altera la concordancia entre las versiones del conde de Toño y Servando sobre Belchite. Mier solía complicar su propio itinerario inventando documentos para acomodarse mejor a las circunstancias. En 1820 don Juan de O'Donojú era un connotado político liberal camino de convertirse en el último virrey de la Nueva España. Es natural que Mier haya querido aparecer relacionado con él frente a los militares españoles que lo tenían detenido en San Juan de Ulúa. Existiendo otros documentos que acreditan su presencia en el frente, creo que puede fecharse la guerra española del fraile exactamente entre el 2 de octubre de 1808 y el 27 de julio de 1809, cuando escapa en Zaragoza de los franceses. Fueron diez meses en el frente. En agosto y septiembre gestionará con Blake y Campmany su frustrado regreso a la Ciudad de México y no volveremos a tener noticia de él hasta 1810, cuando pasa a Cádiz en compañía de su batallón, en una información harto imprecisa.

Volvamos a oír la voz de Servando, silenciosa desde la batalla de Trafalgar. ¿Qué tanto ha cambiado la guerra a nuestro hombre? La carta a don Pomposo nos lo

muestra como un políglota valeroso. Y aun sopesando su bendita egolatría no cabe dudar de su presencia en Belchite, pues en su "Carta a la Regencia" del 18 de mayo de 1811, documento oficial, Mier abandona su habitual charlatanería y expone un conocimiento preciso de la vida y las necesidades de su batallón.

Así, la captura de Servando ocurre durante un episodio militar bochornoso para el frecuentemente comprensivo conde de Toño, en medio de aterrorizados y desertores. Durante la batalla de Belchite, el valor de Mier debió ser visible para el general Blake, dado que lo recomendó después. Sin lugar a dudas Servando combatió por patriotismo, como lo prueban los versos guerreros que acompañaron su carta de 1809 a don Pomposo, titulados "Vivas de Alcañiz".

Versificador ríspido, Mier pergeña esas décimas, propias del cancionero patriótico. Peor en Belchite, Servando no sólo habla de los horrores de la guerra. Simpático ante el dolor, hace de su batalla otro paso a la restauración del honor. Habría que buscar en *La leyenda dorada* a un "santo" batallador como Servando cuyo concurso hubiera deseado Juana de Arco: el capellán que cura las heridas, despide a las almas y viste a los menesterosos, además de haber sido bendecido por el don de lenguas y de ser incorruptible. En la guerra, Servando encuentra el viejo ideal de las órdenes religiosas que las comodidades, la corrupción y los criticismos del siglo XVIII habían vuelto detestables. En Belchite gozó de la bendición legendaria de Santo Domingo de Guzmán, un fraile dominico combatiendo a los herejes con la cruz y la espada. [U]